

**Montero, Rosa, La hija del canibal, ed. Espasa, Planeta, Bogotá, 1998.**

**Lo que va de la narración de sí mismo a vivir su propia vida**

Lucía empieza su historia por la desaparición de su marido en los baños del Aeropuerto de Barajas, justo el día en el que viajaban a Viena para pasar el fin de año. Cuando es evidente que Ramón se ha extraviado, y después de denunciar su desaparición, regresa a su apartamento en Madrid y se sienta a esperar alguna noticia. Por la televisión anuncian la desaparición del funcionario Ramón Iruña, esposo de Lucía Romero, la famosa escritora de cuentos para niños e hija de un veterano e importante actor español. Su vecino, Felix Roble, un anciano de 80 años, escucha el noticiero y ofrece su ayuda a Lucía.

Ramón ha sido secuestrado por un grupo de izquierda -Orgullo Obrero- que pide 200 millones por su rescate. Lucía se entera que Ramón tiene justo esa cantidad en una arquilla de seguridad. Cuando, con Félix, su vecino, llega a casa con el dinero del rescate sufre un intento de atraco que es frustrado por la irrupción de Adrián, un atractivo joven de 21 años que vive en el mismo edificio. A partir de ahí la crónica del secuestro, los intentos de pagar el rescate, los descubrimientos paulatinos sobre la verdad del plagio y la revelación de algunos secretos de Ramón es vivida estrechamente por los tres personajes.

Felix Roble fue anarquista y pistolero en los tiempos previos a la guerra; fue torero para encubrir sus misiones políticas, militó en la resistencia, se exilio después de que por su negligencia de hombre enfermo de amor el régimen eliminó a un selecto núcleo político y frustró una posibilidad de acción

conjunta entre facciones tradicionalmente rivales. Felix va contando su agitado y clandestino pasado a sus amigos en las horas muertas que pasan en el apartamento de Lucía esperando alguna noticia de la policía o nuevas instrucciones de los terroristas. De esos tiempos Felix conserva un agudo instinto para descubrir misterios y desencadenar situaciones, contactos en los mundos ilegales y un arma, todo lo cual permite que los tres se adentren en un mundo de corrupción y descubran la verdad del secuestro y la vida oculta de Ramón.

**Mentiras y versiones amañadas**

Lucía tiene 41 años pero es tan bajita y tiene un cuerpo tan bonito que hasta la han confundido con una adolescente. Se narra a sí misma -con humor negro- como una mujer esencialmente aburrida: en su relación de pareja de diez años, con sus historias para niños, con sus amigos convencionales que alguna vez fueron interesantes.. No quiere que veamos en ella a una mujer desesperada o deprimida, no se descubre como alguien que sufre, que no le encuentra sentido a su existencia o que se siente frustrada y llena de amargura. Lucía se narra como una mujer que está pasando por un periodo descolorido y un poco crítico, ligado con la edad y las inseguridades que trae consigo; cree que está temporalmente en crisis pero no hundida, que pasa por circunstancias adversas pero superables.

El discurso de Lucía es el esperado en una mujer que tiene 41 años. Duda de su atractivo físico, necesita sentirse deseada para reafirmarse; no encuentra satisfacción en su trabajo porque no le agradan

ni los niños ni escribir para ellos, lentamente va revelando que hubiese querido escribir una novela pero que le ha dado miedo intentarlo. También cuenta que no tiene hijos porque no lo ha querido, insinúa que quizás el eterno consejo de su madre -"Lucía, no tengas hijos"- ha influido en esa decisión. Lucía es hija única y destaca el que sea una hija de 40 años, como si esa fuera su condición más relevante y definitiva.

Progresivamente, la narración de Lucía se hace más sincera, va adentrándose en su propia verdad y las que al principio parecían anécdotas sarcásticas -por ejemplo, la pérdida de sus dientes en un accidente y el uso de prótesis, la indiferencia de su padre o el hastío de su matrimonio- se van convirtiendo en dramas. Cuenta que hace mucho que dejó de amar a Ramón y que sigue con él porque en algunos momentos la rescata de sus miedos e inseguridades, porque se convierte en el padre protector que su verdadero padre -el Caníbal- nunca fue. Finalmente confiesa que no abandona a su marido porque no ha vuelto a escribir y sus recursos propios son cada vez más escasos, su dependencia económica crece progresivamente.

Lucía se reprocha el haberse abandonado imperceptiblemente a una vida que nunca deseó para sí misma; una vida sin riesgos, sin emociones ni aventuras, monótona y pálida. Su drama es que parte de su ser sigue teniendo vitalidad, deseos, ambiciones y delirios y la vida segura, cómoda y sin imprevistos la frustra pero no la aniquila.

El episodio del secuestro de Ramón le permite ver, ver la magnitud de su dependencia e inseguridad; se ve obligada a aceptar que hace años que

está ausente de su propia vida y de la realidad que la rodea, que no ha visto ni escuchado, que no ha comprendido ni previsto; por eso, en el transcurso de la novela, se ve estremecida por la revelación de secretos y mentiras que cuestionan seriamente la imagen que tenía de sí y de su vida: no controla lo que creía controlar, la seguridad era apenas una apariencia, el amor a su marido era sólo una ilusión que justificaba su vida en común. Pero la desaparición de su marido y la irrupción de Adrián y Felix también le muestran lo que todavía es: la intensidad de sus emociones, el gusto por el peligro, las situaciones absurdas que puede sobrevivir y, sobre todo, el deseo por la pasión, todavía fuerte y perentorio.

Adrián la desea, la encuentra atractiva precisamente porque tiene 41 años; Lucía duda y se inhibe por el horror que le tiene "al hombre", "el peligro del hombre en sus sustancia, todo lo indecible que engloba el otro sexo, la perversión, el espejo oscuro. La capacidad que el hombre tiene de acabarte. Todos llevamos dentro nuestro propio infierno, una perdición que es sólo nuestra, un dibujo personal de la catástrofe. ¿En qué momento, por qué y cómo se convierte el vagabundo en vagabundo, el fracasado en un fracaso, el alcohólico en un ser marginal? El amor era a menudo el caballo de Troya que permitía el triunfo del enemigo interior".

Lucía se muestra como una mujer que se exige el control total de sus circunstancias; cuando no lo consigue elabora argumentos y justificaciones, ironiza sobre sí misma pero siempre con el objeto de convencerse de que está viviendo lo que quiere vivir, de que su condición es resultado de acciones que ella conoce a la perfección y que, en consecuencia, puede cambiar cuando le resulte conveniente. A

Lucía le repugna la idea de sentir que no tiene alternativas, que depende de otro por obligación, quiere salvar una imagen de sí que le muestre una mujer fuerte que está más allá de cualquier dolor. Lucía le teme a la vejez, a lo que ya no podrá ser o emprender porque pasó el tiempo de hacerlo; le teme a las condiciones definitivas, a las verdades últimas. Se aferra a la ilusión de que todavía está construyendo la vida, que tiene un futuro, que su presente es temporal y que aún puede imaginar -y lograr- lo que quiere ser.

La novela está narrada desde dos perspectivas: Lucía hablando de sí en primera persona o Lucía narrándose como si fuera otra, describiendo sus acciones o sentimientos como si fueran los de un personaje que ella misma ha creado. Está última forma narrativa, a la vez que le permite tomar distancia y verse críticamente, también la envuelve en fantasías, la convierte en un personaje deliberado, creado para producir tal o cual efecto.

Sólo en el último capítulo, faltando 28 páginas para el final, Lucía admite que miente y nos cuenta el origen de su dolor. Ya no se esconde detrás del humor, ya no mira desde afuera, ya no habla de lo que aún puede ser; ahora nos dice quién es, cómo se siente, qué le duele, por qué teme. Admite su miedo a la vejez. Pero Felix, el octogenario que conoce los bajos fondos y anda armado con un viejo pistolón, le ayuda a reconciliarse con su existencia vivida, con lo que es, con lo que va a ser: “Al crecer ganas conocimiento. Es en el único registro de la vida en el que vas mejorando con el tiempo. Hay tanta ignorancia en la inocencia que a menudo me parece un estado indeseable”.

Lucía Romero, entonces, deja de narrarse y empieza a vivir.

*Nayibe Peña Frade*

*Mayo de 1999*

# DE-GÉNERO

COMUNICACION PARA LA EQUIDAD

## CONSULTORÍA, ASESORÍA Y ASISTENCIA TÉCNICA EN LAS ÁREAS DE :

- PLANEACIÓN DEL DESARROLLO CON PERSPECTIVA DE GÉNERO
- EQUIDAD DE GÉNERO
- MUJER Y DESARROLLO
- EDUCACIÓN

**DISEÑO, COORDINACIÓN Y EJECUCIÓN DE SEMINARIOS Y TALLERES DE SENSIBILIZACIÓN Y CAPACITACIÓN EN LAS MISMAS TEMÁTICAS.**

Calle 56 No. 83A-16 Torre 1 Ofc. 502  
Telefax: 4296918  
Santa Fe de Bogotá, D.C.